

IRENE M. ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

EN BUSCA DE ANASTASIA



DESTINO

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantycy Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantycy S.p.A., tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *In cerca di Anastasia*

© de la traducción: Miguel García, 2018

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2016 Atlantycy Dreamfarm s.r.l., Italia

© 2019 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Un proyecto de Pierdomenico Baccalaro

Una historia de Alessandro Gatti y Lucia Vaccarino a partir de la correspondencia de Irene Adler

Proyecto y realización editorial: Atlantycy Dreamfarm S.r.l.

Diseño gráfico: The World of Dot. Con la colaboración de Benedetta Galante

Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A

Derechos internacionales © Atlantycy S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia,
foreignrights@atlantycy.it / www.atlantycy.com

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20438-1

Depósito legal: B. 3.243-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar con Atlantycy S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

IRENE M. ADLER

—EN—
BUSCA
—DE—
ANASTASIA

DESTINO

LÁGRIMAS,
ÁNGELES
Y HIEDRA



25 de junio de 1940.
Soplan vientos de tormenta. El mundo está a punto de cambiar de nuevo. No sé lo que ocurrirá, pero creo que nos esperan años difíciles y peligrosos.

He dejado Londres y no lo lamento en absoluto. Mi lugar ya no está allí. En realidad, no sé dónde está exactamente, pero mi intuición me dijo que viniera aquí, a Capri. No pienso que vaya a estar a salvo de esta nueva guerra, pero al menos hay mar. Todos los días me siento en la terraza de la casita que



he alquilado sobre el acantilado, desde la que puedo admirar los farallones. Por encima de mí vuelan las gaviotas y la brisa trae la fragancia de los arbustos aromáticos y los limoneros. La anciana propietaria de la casa no habla ni una palabra de ninguna de las lenguas que conozco y, cuando piensa que no la veo, me lanza miradas de perplejidad. Creo que es porque llegué aquí sola y no llevo alianza en el dedo. Pero luego me prepara el café más rico que he tomado nunca y se asegura de que coma lo bastante y no me quemé con el sol, por lo que al final he decidido que no podría tener mejor compañía.

He dejado atrás casi todo. Lo más difícil fue abandonar para siempre Briony Lodge, nuestra casa en el barrio londinense de Notting Hill, pero en la que, por lo demás, no vivía desde hacía muchos años. Y ya no hay nadie por quien valga la pena regresar. De todos los que vivimos allí en mis años más locos, emocionantes y desesperados, soy la única que sigue viva. Y lo que me liga a los desaparecidos no puede sino permanecer conmigo para siempre. Igual que el nombre de la persona a la que más he querido, Irene Adler, mi madre adoptiva. El nombre con el que ahora firmo estas memorias: Irene Mila Adler.

Además de la ropa, la maleta con que llegué aquí solo contenía un joyero y los diarios de cuando tenía trece años. Así que me he decidido: ha llegado el momento de que cuente mi historia. Aquí, en esta terraza, mientras la naturaleza me ofrece su espectáculo trepidante y la humanidad amenaza de nuevo con autodestruirse, ¿qué otra cosa podría hacer con mi tiempo interrumpido e incierto que no sea poner en orden mis recuerdos?

Que quede claro que no lo hago por huir del presente. Al contrario. Cuanto más complicada se vuelve la realidad, más importante es mantener vivo lo que haya habido de hermoso e increíble para que no desaparezca con el paso de los años.

Sobre todo, si concierne a personas extraordinarias en circunstancias extraordinarias.

Incluso cuando los preliminares no parecían nada buenos.

Mi relación con Sherlock Holmes y Arsène Lupin comenzó, de hecho, de la peor de las maneras, cuando fui a Londres con Irene para convencerlos de que dejaran a un lado cincuenta años de resentimientos y rencores, y nos ayudaran en una misión desesperada.




Irene Adler caminaba por delante de mí, precediéndome en el cementerio londinense de Highgate. El vestido negro y la gravedad del momento hacían aún más solemne su figura recta y delgada. Era 1919, la Primera Guerra Mundial había dado paso a un nuevo amanecer de posibilidades y a pugnas más o menos disimuladas que, por buena voluntad, todos seguíamos llamando «paz». Aquel día, sin embargo, el peso de la historia cedía ante una tragedia privada que, aunque ocurrida a alguien que nunca había visto, me obligaba a reflexionar sobre mi lugar en el mundo.

—Ven, Mila, el funeral ya ha empezado.

—Sí, mamá —contesté espontáneamente.

No la llamaba así muy a menudo. Prefería usar su nombre de pila, y también a ella parecía gustarle más. Tal vez fuera por la diferencia de edad, que le hacía imposible pasar por mi madre biológica. O tal vez fuera porque durante toda su vida se había opuesto fieramente a las convenciones sociales. Pero, en un día así y en un lugar así, usar aquel apelativo me hizo sentir mejor.

Ella se volvió hacia mí y me sonrió. La red de arrugas que se extendía por su rostro como una filigrana delataba sus



sesenta y un años, pero le confería un encanto indefinido. Los pómulos altos y la mirada luminosa le daban una belleza que trascendía la edad y nunca se marchitaría. Yo le devolví la sonrisa, procurando ocultar el nerviosismo que me invadía por lo que nos aguardaba. El lugar en que estábamos contribuía a acentuar la sensación de excepcionalidad que experimentaba. En Highgate, los difuntos reposaban bajo lápidas de las formas más diversas, pero todas de una belleza sombría y doliente. Mientras seguía a Irene, dejé que aquellas melancólicas maravillas capturasen mi mirada. Ángeles llorosos, reclinados o con las alas abiertas. Rostros de mármol o bronce. Cruces de todas clases. La escultura de un gato adormilado sobre un cojín, haciendo guardia para siempre a su amo. Y la naturaleza alrededor, abrazándolo todo, libre para expresarse y atestiguar la presencia de la vida incluso en un sitio como aquel. Estaba observando una estatua recubierta de hiedra como si fuera una capa cuando, de improviso, percibí un movimiento entre los arbustos.

Se me escapó un grito y dos ojos brillantes me miraron.

Un zorro.

Que desapareció en un instante.



—Aquí, en Londres, hay más animales salvajes de lo que se cree —dijo Irene al notar mi sorpresa.


Aceleré el paso para no quedarme atrás, empujada por un cauto optimismo. Quería tomar aquel fugaz encuentro como una buena señal.

—Hemos llegado —dijo Irene poco después, señalando a una multitud reunida delante de un ataúd cubierto de flores.

Yo puse cara de asombro. Debía de haber más de cien personas congregadas allí.

—Son curiosos —explicó Irene—. Gracias a los libros, se había vuelto notablemente famoso.

Y aunque obtener la información sobre la hora y el lugar de aquel funeral no había sido sencillo ni siquiera para nosotras, de algún modo la noticia se habría filtrado y había atraído a sus más apasionados seguidores. La multitud, no obstante, permanecía respetuosamente unos pasos por detrás del reducido grupo que rodeaba el ataúd, sin duda formado por amigos y familiares, mientras el pastor pronunciaba las últimas palabras antes de que se procediera al enterramiento. Aquella no dejaba de ser la vieja y formal Inglaterra, muy diferente de Estados Unidos, que para entonces había aprendido a considerar mi casa.



Nosotras observábamos la escena a la debida distancia, desde un punto privilegiado a espaldas del pastor. No veía el nombre sobre la sobria lápida rectangular, pero lo conocía bien. Estaba en las tapas de muchos libros que había tomado prestados de la biblioteca de Irene para sumergirme durante horas en aventuras misteriosas y trepidantes.

John Watson.

Una mujer muy mayor, con las mejillas surcadas por lágrimas, nos vio y por un instante fijó su atención en Irene. El sombrerito con velo de mi madre adoptiva apenas ocultaba su cabello, que del rojo encendido de su juventud había pasado a ser de un anaranjado más claro con mechones blancos, cortado justo por debajo de las orejas conforme a la audaz moda norteamericana.

Yo ya estaba acostumbrada al efecto que producía Irene en las personas: ir por ahí con ella significaba resignarse a ser invisible. Al menos para mí, que no tenía ni trece años y luchaba cada día con un pelo de color paja, reacio a todo peinado decente, y que carecía casi por completo de formas, lo que convertía en insignificante todo vestido en cuanto me lo ponía.

—La señora Hudson, supongo —susurró Irene, que me



señaló discretamente a la anciana. Ni yo ni Irene la habíamos visto nunca, pero la persona cuyo funeral se estaba oficiando había logrado que nos fuese tan familiar como una conocida.

Un hombre corpulento y ceñudo se volvió para ver qué había distraído a la señora.

—El inspector Lestrade —añadió Irene.

Contuve la respiración. Todo era cierto. Las personas que solo conocía por las narraciones estaban allí, delante de mí, como salidas de las páginas que había devorado. Miré a mi alrededor febrilmente.

—¡Él no está! —suspiré desilusionada.

Irene negó con la cabeza.

—Demasiada gente. No querrá dejarse ver.

—Entonces, ¿todo ha sido inútil? —le pregunté yo, asaltada por la preocupación.

Hasta aquel momento no había pensado ni por un segundo en la posibilidad de que el plan de Irene pudiera fracasar. Ella, sin embargo, me miró con una expresión indescifrable y con un gesto me dijo que esperara.

Así que asistimos de lejos mientras cubrían el féretro de tierra, los pocos amigos y familiares se marchaban tras un



último pésame y también la pequeña multitud de curiosos se deshacía y se desperdigaba por los silenciosos senderos del cementerio de Highgate.

—¿Y ahora? —pregunté yo cuando aquel rincón se sumió otra vez en la quietud.

—Y ahora esperamos más —respondió Irene, serena.

Apoyé mi peso en uno y otro pie varias veces mientras empezaba a dolerme la espalda y sentía que los botines negros me oprimían fastidiosamente los tobillos. Después, un ruido repentino detrás de nosotras hizo que me volviera de sopetón.

Ante mí estaba un hombre que no tenía necesidad de presentarse. Era aún más alto de lo que imaginaba y su delgadez acentuaba la excepcional altura. El cuello blanco de la camisa, perfectamente almidonado, resaltaba contra el negro riguroso del traje, el abrigo y el sombrero de copa. Sujetaba en sus manos enguantadas un bastón, pero, observando su porte, tuve claro que solo era un hábito. O quizá, quién sabe, fuera un arma defensiva. También en su rostro, como en el de mi madre adoptiva, la edad había dejado su maraña de marcas, pero los ojos penetrantes y la nariz aguileña eran exactamente los descritos por el doctor Watson. Y por Irene.

—¿Señor Holmes? —pregunté con un hilo de voz mientras Irene seguía dándole la espalda.

Él titubeó un instante.

—¿Sí? —preguntó.

—Encantada de conocerlo, señor Holmes... —contesté, tratando de recomponerme y tendiéndole una mano con reverencia—. Es realmente... un placer. Mi madre me ha hablado muchísimo de usted.

Solo entonces se volvió Irene. Y como si solo ella existiera en el mundo, Sherlock no hizo caso de mi mano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con brusquedad.